

UNA FASE DE AUSTERIDAD ARTÍSTICA EN EL CRISTIANISMO
Y EN EL ISLAM OCCIDENTAL

Cistercienses y almohades.

Fieles de diversas religiones creyeron honrar a la divinidad levantando templos monumentales consagrados a ella, suntuosamente decorados. El arte, además, pensaban algunos, en sus manifestaciones más espléndidas es buen viático para conducir el hombre hacia Dios.

A juicio de otros creyentes, en cambio, la excesiva magnitud y decoración de los templos, a más de distraer en lujos y vanidades recursos que se podían emplear en el alivio de miserias humanas, con su atracción sobre los sentidos desviaban de la compenetración espiritual con Dios.

En las religiones cristiana e islámica han abundado partidarios de ambas contrapuestas tendencias, triunfante una u otra en algunos momentos.

A pesar de su origen semítico, el cristianismo naciente, occidentalizado, vió en el arte, impregnado de paganismo, insepa-

rable al parecer de la religión romana, un aliado, no un enemigo para la glorificación divina y la enseñanza religiosa, a pesar de la violenta e inútil oposición de algunos ascéticos padres de la Iglesia, como Tertuliano, Lactancio, Orígenes, y aun Clemente de Alejandría, impregnado de cultura clásica ¹. Unido el arte íntimamente a la teología, elevóse hasta cimas no alcanzadas por el de ningún otro credo religioso.

El edificio de la iglesia cristiana es, al mismo tiempo, morada divina y lugar de rezo y de ceremonias religiosas; la mezquita, tan sólo casa de oración, lo que concede a la primera una elevada categoría simbólica y representativa, mientras las mezquitas responden al fin práctico de satisfacer una actividad humana, aunque ésta sea tan excelsa como la religiosa.

San Bernardo de Claraval e Ibn Tūmart.

En 1154 pasó a mejor vida Bernardo de Claraval, nacido en la Borgoña en 1091; veinticuatro años antes, en 1130 (524) moría Ibn Tūmart, cuyo nacimiento tuvo lugar entre 1077-1078 (470) y 1087-1088 (480). El santo borgoñón, fundador de la Orden cisterciense, y el *Mahdī* (enviado por Dios) beréber, iniciador del movimiento almohade, fueron, pues, contemporáneos. Los dos, grandes reformadores religiosos, dotados de extraordinario poder sugestivo, predicaron el retorno a los primeros tiempos de sus respectivas creencias, cristiana e islámica ², y a sus austeridades iniciales. San Bernardo e Ibn Tūmart condenaron todo lo superfluo de la vida humana para dar capital importancia a la contemplación interior y a la perfección espiritual, con desprecio de lo terreno.

¹ El concilio de Iliberris prohibió en 305 pintar en los muros interiores de las iglesias imágenes piadosas: *ne quod colitur et veneratur in parietibus depingatur*.

² «¿Quién me dará, exclamaba el Santo Abad de Claraval, en carta al papa Eugenio; quién me dará que mis ojos vean, antes que se cierren en la muerte, a la Iglesia de Dios restituída a sus primeros días?» (Lorenzo Riber, *Humanistas y cristianos*, en *Bol. de la Real Acad. Española*, XXXV, 1955, p. 17).

Cristianismo e islamismo, en su evolución multisecular, han pasado por repetidas crisis producidas por gentes que trataban de restablecer la pureza de sus orígenes y condenaban la pompa y el fausto, al juzgarlos desviación pecaminosa y apartamiento de la ley divina. El conflicto entre la vida austera del renunciamiento y la consagrada a la satisfacción de los llamados apetitos materiales, suele producirse en muchas gentes. En la sociedad islámica, en la que la religión impregna por completo la vida social, la tendencia mística es permanente, basada en varias suras alcoránicas.

Ningún contacto hubo entre ambas doctrinas reformadoras, nacidas en medios muy distintos y aun antagónicos. San Bernardo, predicador de la segunda cruzada, impulsó a las muchedumbres enfervorizadas hacia la conquista de los Santos Lugares, en manos de los musulmanes. E Ibn Tūmart, propagandista teológico a la vez que guerrero, según la tradición islámica, predicó la guerra santa lo mismo contra los musulmanes de otras sectas que contra los cristianos. Ni uno ni otro lograron más que éxitos momentáneos, pronto borrados.

Es curioso el sincronismo del brote de ambas tendencias místicas en medios lejanos y tan diversos. La austeridad cisterciense y la almohade, con la común condenación del lujo y de todo lo que puede estimarse como adorno y embellecimiento de la vida humana, se reflejó en el mundo de las formas artísticas, singularmente de las arquitectónicas, para dar origen a estilos decorativos sobrios, claros, elegantes y robustos a la vez, conseguidos casi exclusivamente por la supresión de elementos adjetivos de los respectivos anteriores y por la simplificación de los restantes.

Los cistercienses y el arte.

La austera fe de San Bernardo, su invidencia para el mundo sensible, desdeñado por la contemplación interior, le hicieron reaccionar contra la riqueza arquitectónica y mueble ostentada por los templos y monasterios levantados a finales del siglo XI y comienzos del XII, expresiva del renacimiento románico.

«Las cosas visibles son efímeras, eternas las invisibles», escribía uno de sus más destacados discípulos, el bienaventurado Aelred, abad de Rievaulx, en Inglaterra.

Hacia 1125, en su célebre *Apología* dirigida a Guillermo, abad de Saint-Thierry, monasterio de la diócesis de Reims, el santo condenaba con duras y airadas palabras la riqueza y el lujo de las abadías benedictinas y cluniacenses, sus dimensiones excesivas y su suntuoso decorado, que atraía las miradas de los fieles y deleitaba los sentidos con perjuicio de la devoción, impidiendo alcanzar la perfecta contemplación interior. La pobreza, que los monjes cistercienses hacían voto de guardar, les vedaba, además, invertir, como se dijo, en construcciones excesivas y ornatos superfluos recursos cuyo recto destino era el alivio de los desheredados.

Ni San Bernardo ni los Capítulos generales de la orden por él fundada dictaron disposiciones o preceptos referentes a las reglas a seguir en la construcción de templos y monasterios. Tan sólo se encuentran entre ellos algunos de carácter negativo. Prohibiéronse las representaciones figuradas, las pinturas y esculturas, las torres de piedra y el empleo de seda y oro en los ornamentos. Las cruces serían de madera; de hierro, candelabros e incensarios; monocromas, las letras de los manuscritos.

Los principios morales informaron las formas arquitectónicas; la decisión de suprimir lo superfluo y grato a los sentidos dió origen a una corriente de austeridad cuyo influjo alcanzó a todo el arte contemporáneo. No hubo escuela de arquitectura cisterciense ni existe un tipo único de iglesia bernarda, pero sí una tendencia uniforme en los primeros tiempos del Císter hacia la sencillez extrema y la escueta adaptación de los edificios a su destino. Las iglesias fueron «oficinas» de oración, en las que nada distraía a los religiosos de la meditación y la contemplación espiritual. Al reducir al mínimo lo sensible, pretendían conducir a Dios por camino breve y directo. De este espíritu brotó una arquitectura desnuda, adaptada de manera perfecta a su función, cuya belleza reside en la ordenación general y en la proporción y armonía de sus partes, no en lo profuso y vario ni en la policromía de su ornato.

Repercusión artística del movimiento almohade.

El beréber Ibn Tūmart, fundador de la secta almohade, fué un celoso reformador de costumbres, sobrio y casto, de vida edificante. Predicó una doctrina religiosa de un dogmatismo severo e intransigente. Enemigo del lujo, abominable pecado a su juicio, vestía ropas toscas y llenas de remiendos. Poseedor de sólida cultura teológica, la literatura y el arte eran preocupaciones ajenas a su espíritu. Berbería, por entonces — la primera mitad del siglo XII —, si damos fe al relato de las peregrinaciones del reformador beréber, era un país próspero y alegre, cuyos habitantes gustaban de la música y del vino. En todas las ciudades por las que pasó al regresar de Oriente, camino de su tierra natal, el ascético y escandalizado Ibn Tūmart iba de zoco en zoco predicando la virtud de la abstinencia y el desprecio de las cosas mundanas, y rompiendo los instrumentos músicos y las vasijas en las que se guardaba el vino.

En Bujía predicó por las calles y mercados contra el uso de los turbantes, propios, decía, de épocas paganas; de las correas doradas en las sandalias y de túnicas con las que los hombres semejabán mujeres ¹.

Un día, en Marrākuš, amonestó en forma violenta a la princesa al-Sūra, hermana del soberano reinante, al pasar junto a él con bellas acompañantes, todas con la cara descubierta, pues entre los almorávides tan sólo los hombres la velaban. Al morir Ibn Tūmart fué enterrado bajo una *qubba*, desnuda de ornamentación, sin adornos de oro, conforme a los preceptos de la ley ², en la *zāwiya* — ermita — fundada por él en Tinmallal.

¹ I, Goldziher, *Le livre de Mohammed Ibn Toumert*, I (Argel 1903); *Les Mémoires d'al-Baidak*, en *Documents inédits d'histoire almohade*, por E. Lévi-Provençal (Paris 1928), pp. 8, 9, 78-80, 93, 95, 96 y 101; *Rawḍ al-Qirṭās*, trad. Huici (Valencia 1918), p. 176; trad. Beaumier (Paris 1860), pp. 243-245; Ibn al-Aṭīr, *Annales du Maghreb et de l'Espagne* (Argel 1901), texto, pp. 400-403; trad., pp. 526-531; Ibn Jaldūn, *Histoire des Berbères*, trad. de Slane, tomo segundo (Paris 1927), pp. 165-167 y 173.

² Idrīsī, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, edic. y trad. francesa por Dozy y de Goeje (Leiden 1866), texto, p. 64; trad., p. 74.

Este ascetismo, condenador de todo lujo y superfluidad en la vida, produjo al triunfar consecuencias artísticas importantes. Cuenta el *Qirtās* que antes de entrar victorioso en Fez el jueves 15 rabī^c II 540 (15 abril 1145) ‘Abd al-Mu’min, sucesor de Ibn Tūmart y fundador de la dinastía almohade, los jeques y jurisconsultos de la ciudad mandaron recubrir con yeso, precipitadamente y de noche, las ricas y admirables decoraciones, doradas y pintadas de azul y de otros colores, que adornaban la cúpula delante del mihrāb de la mezquita al-Qarawīyyīn, obra de tal belleza que los fieles se distraían en sus rezos, atraídos por la brillante policromía ¹. La certeza del relato se ha comprobado en fecha reciente, al poder penetrar algunos arqueólogos europeos en dicho oratorio y limpiar los mocárabes de yeso que forman la cúpula delante del mihrāb y otras inmediatas. Hoy vuelven a lucir su decoración policroma, oculta durante 800 años.

Hay otro dato que revela la furia iconoclasta de los primeros soberanos almohades ². El califa Ya‘qūb al-Manṣūr, que se jactaba de no haber dejado en todo el Occidente islámico iglesia ni sinagoga en pie — durante su reinado cristianos y judíos hubieron de elegir entre islamizar o expatriarse ³ —, al visitar en 586 (1190) las ruinas de la ciudad áulica de Madīnat al-Zahrā’, ordenó quitar la estatua femenina que se veía sobre su puerta, tenida como talismán o amuleto de buen agüero por los cordobeses ⁴.

El mismo soberano, condenador del comercio de cantoras y tañedoras de instrumentos músicos, amenazó con la pena de muerte a los que fabricaran vino, obligó a derramar todo el almacinado, a pesar de su gran valor monetario, al mismo tiempo

¹ *Qirtās*, edic. Tornberg, p. 35; trad. Huici, pp. 59-60; trad. Beaumier, pp. 78-79.

² Recuérdese que de los monasterios cistercienses desaparecieron a la par las representaciones con figuras humanas y animales, sustituidas por una sencilla flora esquemática, de la que aún se prescindió en muchas ocasiones.

³ Nuwayrī, *Historia de los musulmanes de España y Africa*, texto árabe y trad. esp. por M. Gaspar Remiro (Granada 1917), pp. 229-230 de la trad.

⁴ Ibn ‘Idarī, *al-Bayān al-Mugrib, Los almohades*, I, trad. de Ambrosio Huici Miranda (Tetuán 1953), pp. 158-159.

que prohibía el uso del arroyo — *rubb* — ¹. Prohibió también los trajes caros de seda y a las mujeres los bordados suntuosos, ordenando vistieran modestamente. Por su mandato salieron de los almacenes del Estado incontables ropas de seda y de brocado de oro — *dībāy* — para ser vendidas a bajo precio ².

Ibn Jaldūn aporta un dato más, indicador de la austeridad cortesana y de la reacción contra el lujo desplegado por los últimos monarcas almorávides, herencia del califato de Córdoba a través de los príncipes de taifas, al referir que los monarcas almohades no tenían *ṭirāz* (fabricación de telas de brocado para los trajes de ceremonia) y carecieron de *maqṣūra* en las mezquitas hasta el reinado de Ya'qūb al-Manṣūr ³.

Ibn Tūmart y los almohades interpretaban como una desviación religiosa la exuberante ornamentación, tan hispánica, que enriquecía el interior de las mezquitas almorávides andaluzas, propagada después a las del Magrib. Condenaban sobre todo los revestidos de oro y plata de sus paredes, techos y lámparas, susceptibles de distraer a los fieles durante la oración.

De esta vena austera, siempre fluyente en la sociedad islámica, no faltan ejemplos anteriores en suelo ibérico. Refiere Ibn al-Aṭīr que cuando 'Abd al-Raḥmān III levantó las magníficas construcciones de Madīnat al-Zahrā', el *faqīh* Mundir ibn Sa'id al-Ballūṭī (m. 366/977), se lamentaba en nombre de la ley religiosa del loco y dispendioso lujo desplegado por al-Nāṣir en la ornamentación de los palacios de aquella ciudad y de sus cubiertas doradas, acerca de las que recordaba al califa los castigos con los que el Alcorán (XLIII, 32-34) amenazaba a los que construyen tejados de plata ⁴.

Los hechos referidos y el análisis de los edificios almohades

¹ E. Lévi-Provençal. *Un recueil de lettres officielles almohades* (Hesperis, XXVIII, 1941, pp. 56-57).

² Ibn 'Idarī, *al-Bayān*, *Los almohades*, II, trad. Huici (Tetuán 1953), páginas 93, 96 y 163.

³ Ibn Jaldūn, *Prolégomènes historiques*, II, trad. Slane (Paris 1865), páginas 67-68 y 72-73.

⁴ Ibn al-Aṭīr, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, texto, pp. 495-496; trad., pp. 380-381.

subsistentes en el Magrib — los de al-Andalus, excepto los militares, han desaparecido casi por completo —, cuya ornamentación quedó reducida a esquemas esenciales sobre amplios fondos desnudos, demuestran que los dirigentes almohades, en su ardor de neófitos, rompieron deliberadamente con los cauces anteriores de la decoración arquitectónica. Así se creó, paralelamente a la corriente artística cisterciense, no un nuevo estilo, pero sí una modalidad distinta del precedente, caracterizada por la sobriedad decorativa bajo normas de elegante sencillez. Al estar estrechamente unida en los países islámicos la actividad arquitectónica al impulso dado por el príncipe y a la prosperidad de las dinastías, difundióse esa tendencia por extensas áreas del imperio, más pasajeramente, al parecer, en la España musulmana que en los dominios africanos.

Las dos tendencias coincidentes en el sentido de austeridad artística, la cisterciense y la almohade, extendiéronse en la segunda mitad del siglo XII por el suelo ibérico, crisol en el que se fundieron en todo tiempo movimientos nacidos en lugares apartados. La primera, con la fundación de monasterios de esa Orden, filiales de los franceses; la segunda, impuesta desde el Magrib a al-Andalus por los primeros monarcas de la dinastía beréber. En las páginas siguientes se refieren algunos de los contactos de las fundaciones monásticas bernardas con la España almohade y su reflejo en el arte de aquéllas.

Moros al servicio de los monasterios españoles del Cister.

Un privilegio otorgado a los monjes de Bobelet (Poblet) por la cancillería de un monarca almohade innominado, pero que por la fecha del documento — 20 rabī 2º 614 (26 julio 1217) — sería Yūsuf II al-Mustanşir billāh, hijo del derrotado en las Navas, autorizó a los rebaños del monasterio a circular libremente y usar de abrevaderos y de pastos en tierras islámicas, lo mismo en tiempos de paz que de guerra ¹. El documen-

¹ Documento árabe del monasterio de Poblet, en *Memorial Histórico Español*, VI (Madrid 1853), pp. 111-119.

to, escrito en árabe en una tira de papel forrada de badana, se conserva en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Se ha supuesto que estará redactado por uno de los gobernadores de dicho soberano almohade — éste nunca pasó a la Península — más próximos a Poblet, el de Valencia y Játiva Abū ʿAbd Allāh al-Manṣūr, o el de Murcia, Denia y territorios inmediatos Abū Muḥammad ʿAbd Allāh, primos los dos del monarca.

Si el citado documento revela un hecho de pacífica convivencia, en los que fué tan fértil la España medieval, entre gentes de distintas civilizaciones y credos religiosos, era corriente la existencia de esclavos moros en monasterios masculinos y femeninos, prisioneros de guerra muchos, y de vasallos musulmanes en los de las comarcas de Aragón y Levante, pobladas en gran parte por mudéjares, dedicados la mayoría al cultivo hortícola ¹.

Esclavos, siervos y vasallos musulmanes figuran en abundantes donaciones hechas a los monasterios desde el siglo XI al XIV. Veamos algunos ejemplos alusivos a los cistercienses.

El conde Armengol de Urgel dió al citado monasterio de Poblet (Tarragona), un sarraceno de los llamados «Almaquicina», *qui permanent in Castro quod vocatur Aytona* ². Cuando sitiaba Peñíscola en 1225, Jaime el Conquistador entregó al abad de la misma casa monástica fray Ramón de Cervera, entre otras gracias y como premio por el auxilio que le prestó en el asedio, un sarraceno de Peñíscola llamado Alfachi Abdinobdela y otro de Cervera, de nombre Azmet ³. Dos cautivos legaba a

¹ *Los monjes españoles en la Edad Media*, por fray Justo Pérez de Urbel, tomo segundo (Madrid 1934), pp. 462-463, 488-489, 502-503 y 508. A mediados del siglo XI, Fernando I, refiere el Silense, después de sus victorias en Portugal mandó que parte de los moros capturados fuesen muertos y parte atados con hierros para servir en las obras de las iglesias (*Crónica Silense*, edic. preparada por Francisco Santos Coco, Madrid 1919, p. 73).

² D. Monfar y Sors, *Historia de los Condes de Urgel*, I (Barcelona 1853), p. 430.

³ Joaquim Miret i Sans, *Itinerari de Jaume I «El Conqueridor»* (Barcelona 1918), p. 56.

la obra de la iglesia del monasterio de Santas Creus (Tarragona) el año 1172 Guilabertus Anglicus ¹.

Alfonso II de Aragón concedía en 1176 al monasterio bernardo de Veruela (Zaragoza) un exarico sarraceno con sus heredades, y el mismo año dos caballeros le daban un sarraceno con sus hijos e hijas, «para que sean siervos y vasallos del monasterio» ². Abundantes eran sus exaricos moros habitantes en el siglo XIII en diversos lugares de la comarca. Los de la villa de Magallón en el abaciazgo de fray Francisco Fulco (1265-1274), vendieron parte de las haciendas de la casa monástica sin dar «fadiga» al abad. Jaime I, por privilegio de 1271 dispuso que ni los vecinos de Borja ni los de otros lugares fueran osados de tomar a su servicio los moros del citado monasterio ³. Don Bernardo, abad del monasterio de Santa María de Huerta (Soria), otorgó una escritura de trueque de tierras en 1203 con San Martín de Finojosa por la que se obligaba la casa religiosa a dar a éste doce sarracenos, con tres cristianos y un *barbato* (hermano converso o lego) para segar sus mieses, cavar las viñas y limpiar las acequias ⁴. En el último decenio del siglo XII, reinando Alfonso VIII, la orden de Calatrava entregaba once sarracenos al monasterio cisterciense de Monsalud de Córcoles (Guadalajara), por precio de la granja de Berninches ⁵. En 1171 Diego Jiménez y su mujer Guiomar, señores de los Cameros, hicieron merced al abad y comunidad del monasterio bernardo

¹ E. Morera y Llauredó, *Tarragona christiana*, I (Tarragona 1897), doc. n.º XI.

² *España Sagrada*, L, pp. 423 y 425.

³ Pedro Blanco Trías, S. J., *El Real Monasterio de Santa María de Veruela*, 1146-1946 (Palma de Mallorca 1949), p. 91.

⁴ Libro Becerro de Huerta, escrito por su abad fray Constantino Cordon (1707-1710), citado por don Enrique Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo, en *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. ...* (Madrid 1908), p. 287.

⁵ Relaciones topográficas de España, *Relaciones de los pueblos que pertenecen hoy a la provincia de Guadalajara*, con notas y aumentos por don Juan Catalina García, II (Memorial Histórico Español, XLII, Madrid 1903), p. 236. Copia del documento en la Colec. Salazar de la Real Academia de la Historia, I, 38.

de Quintanajuar, trasladado más tarde a Santa María de Ríoseco (Burgos), entre otros bienes, de ocho cautivos moros ¹.

Súbditos moros tenía el real monasterio de Santa María de Benifazá (Castellón). Nombrado abad fray Pedro Torres en 1359, recibía juramento de vasallaje, según la ley islámica, a los moros de la Aldea ². Medio siglo más tarde, con motivo de una visita de Benedicto XIII — el antipapa Luna — a dicha casa monástica, entre 1408 y 1413, hizo merced a los religiosos de ocho esclavos moros para el cultivo de sus tierras ³.

Los monasterios bernardos femeninos también poseían, como se dijo, súbditos y esclavos moros. Ocho para su servicio, excusados de pecho, donaba Alfonso X en 1254 al monasterio de monjas bernardas de San Clemente de Toledo ⁴. A doce «moros forros sus oficiales», que nunca pecharon, moradores del de la misma orden de las Huelgas y del Hospital del Rey de Burgos, eximía Fernando IV en 1304 de todo servicio, pecho y pedido ⁵.

La mayoría de estos moros que vivían a la sombra de las casas españolas del Cister serían labradores, pero entre ellos no faltaban sin duda albañiles, canteros, carpinteros, alcalleres y tejedores. Alfonso VIII, tras la conquista de Ubeda, colofón de la victoria de las Navas de Tolosa en 1212, en la carta escrita al Papa para darle cuenta de ese memorable hecho de armas, dice destinar «para el servicio de los cristianos y de los monasterios que se han de reparar en la frontera» los cautivados en Ubeda ⁶. Como el reinado de Alfonso VIII fué la época de máxi-

¹ *El obispado de Burgos y Castilla primitiva desde el siglo V al XIII*, por don Luciano Serrano, II (Madrid 1935), p. 315.

² *Anales de Tortosa*, por Ramón O'Callaghan, III (Tortosa 1888), páginas 55-57.

³ *El Real Monasterio de Santa María de Benifazá*, por Mariano Galindo (Tortosa 1916), p. 19.

⁴ *Memorial Histórico Español*, I (Madrid 1851), Documentos de la época de don Alfonso el Sabio, XXII, p. 43.

⁵ Amancio Rodríguez López, *El Real Monasterio de las Huelgas de Burgos y el Hospital del Rey*, I (Burgos 1907), Colec. dip., n° 122, pp. 506-507.

⁶ *Memorias históricas de la vida y acciones del rey don Alonso el Noble*, octavo del nombre, recogidas por el Marqués de Mondéjar (Madrid 1783), apéndice XII, p. ci.

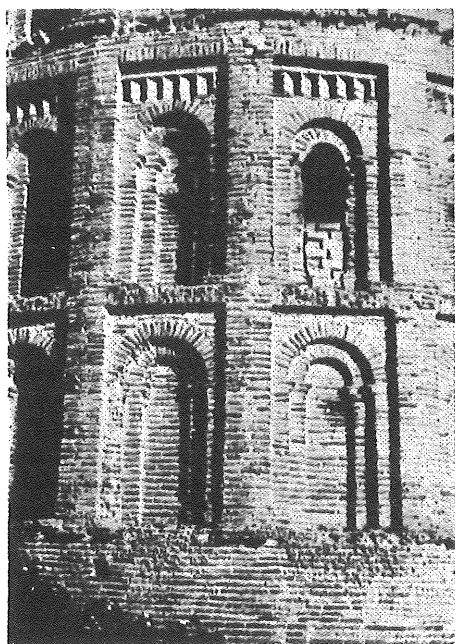
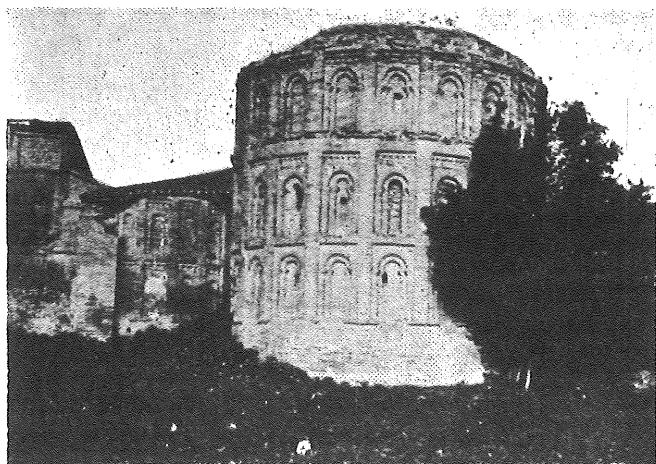
ma expansión de los cistercienses en la España cristiana y el monarca era muy devoto de los hijos de San Bernardo, bastantes de esos prisioneros irían a sus monasterios. Aunque de época tardía, no estará de más recordar que para la rápida edificación del monasterio de San Bernardo, extramuros de Valencia (San Miguel de los Reyes), consiguió del monarca el anciano abad Arnulfo, en el siglo XIV, el perdón y la libertad de muchos moros mudéjares, condenados algunos por crímenes y graves delitos, con la sola condición de trabajar en la construcción del nuevo monasterio hasta la conclusión de su fábrica ¹.

Huellas de arte almohade en la arquitectura cisterciense.

Era difícil, imposible más bien, que se realizase una perfecta simbiosis entre la arquitectura cisterciense de piedra, importada de Francia, y la almohade de ladrillo, argamasa y yeso. Obras de una y otra, de gran pureza ambas, levantáronse inmediatas dentro de la clausura del monasterio bernardo de las Huelgas de Burgos. En otras ocasiones he descrito las últimas ²; no insistiré sobre la paradoja de encontrarlas en el interior de un monasterio de hijos de San Bernardo fundado por Alfonso VIII en los años próximos a su derrota de Alarcos por los almohades (1195), antes del brillante desquite de las Navas de Tolosa (1212), y en el corazón de Castilla, donde menos parecía lógico buscarlas. Pero esa arquitectura almohade de ladrillo y argamasa de la capilla burgalesa tuvo amplia repercusión en los muchos templos mudéjares, humildes parroquias la mayoría, levantados en los reinos de Castilla y León, a norte de la línea del Tajo, por los albañiles pobladores de las morerías, iglesias cuyos escasos recursos no permitía construirlas de piedra con formas

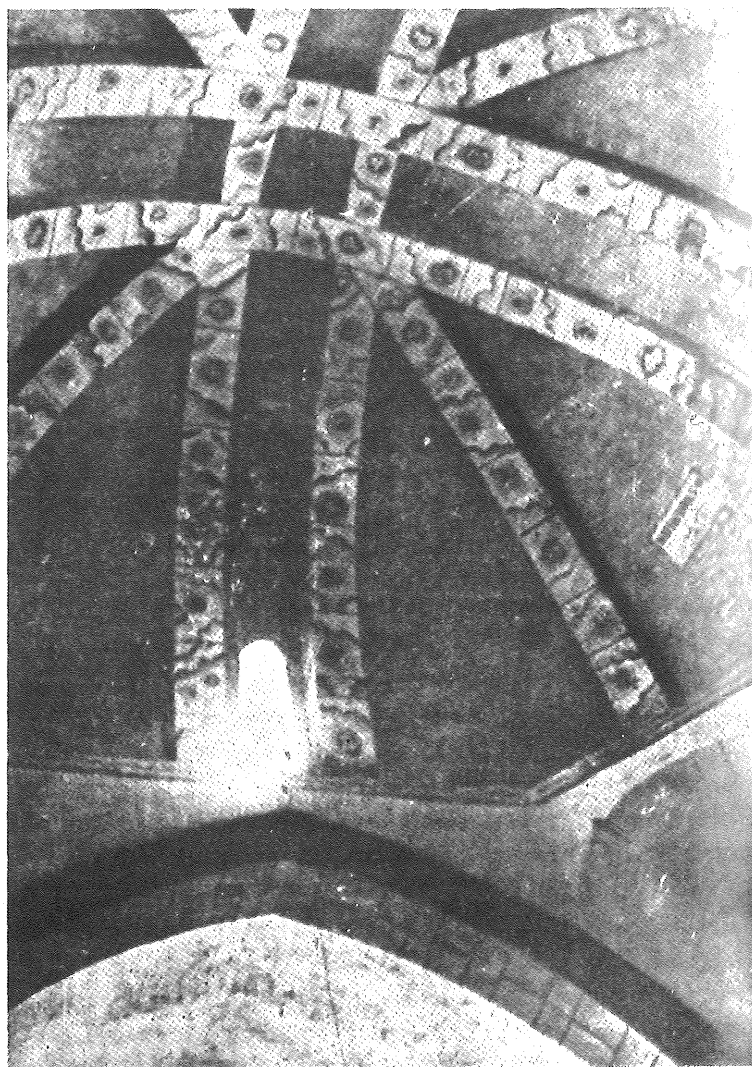
¹ Fray Luis Fullana, *Historia de San Miguel de los Reyes* (Bol. de la Real Acad. de la Historia, CVI, 1935, p. 177).

² L. Torres Balbás, *Las yacerías descubiertas recientemente en las Huelgas de Burgos* (AL-ANDALUS, VIII, 1943, pp. 239-243); *Arte almohade*, *Arte nazarí*, *Arte mudéjar*, «Ars Hispaniae», IV (Barcelona 1949), pp. 39-43, y *Artes almorávide y almohade*, «Arte y artistas» (Madrid 1955), pp. 22-23 y 43.



Monasterio de Santa María de la Vega (Palencia). — Exterior de la cabecera de la iglesia y detalle del ábside central.

Fotos P. Eydoux.

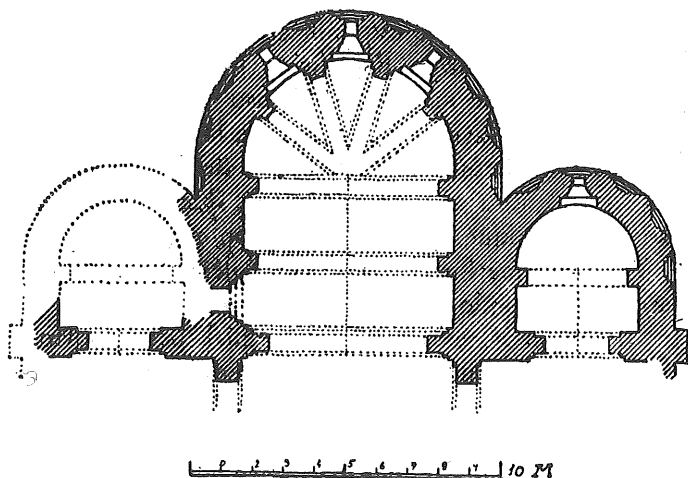


Monasterio de Armenteira (Pontevedra). — Cúpula del crucero de la iglesia.

Foto P. Eydoux.

exóticas, románicas primero, más tarde góticas, importadas de Francia.

De piedra se levantaron casi todos los monasterios cistercienses fundados en la España cristiana en los últimos años del siglo XII y en el XIII, pero dos de ellos, por su pobreza y emplazamiento, hubieron de recurrir a la mano de obra indígena y a los materiales del país. Ambos están en la arcillosa Tierra de



Monasterio de Santa María de la Vega (Palencia). — Planta de las ruinas de la iglesia.

Campos, desprovista de piedra. Son Santa María de la Vega (Palencia) y Santa María de Nogales (León). San Bernardo habría elogiado la modestia de sus fábricas, tan acordes con el espíritu cisterciense. Del primero, que fué filial del monasterio de Benavides, tan sólo se conserva parte de la cabecera, formada por tres ábsides semicirculares, mayor el central, al que cubre una bóveda apeada en cuatro robustos nervios de sección rectangular, concurrentes en la clave del arco agudo que le da ingreso. Las capillas laterales se cubrieron con bóveda de horno o cuarto de esfera. Cada una de ellas se prolonga hasta la desaparecida

nave de crucero por un tramo cubierto con bóveda de medio cañón agudo, lo mismo que el ábside central, pero en su prolongación, el tramo recto, de mayor longitud, quedó dividido en dos por un arco fajón intermedio. Exteriormente, adornan modestamente los ábsides, como en todas las iglesias mudéjares de Castilla, varias zonas de arquillos ciegos, dos en los laterales y tres en el mayor, doblados los de éste, semicirculares y de herradura, todos dentro de recuadros rectangulares. En el fondo de algunos se abren estrechas ventanas. Completan la sobria decoración algunos frisos de esquinillas. Esta casa cisterciense fué fundada por don Rodrigo Rodríguez Girón, hermano de don Gonzalo, mayordomo mayor de Alfonso VIII. Asistió con éste a la batalla de las Navas y fué conde de la mitad de Carrión y de Saldaña. La escritura de donación es del año 1215; en ella se alude a la futura construcción de la iglesia y dependencias monásticas. Manrique, en sus *Anales*, supone fundado el monasterio en el año anterior. La arruinada iglesia se levantaría poco después, en el segundo cuarto del siglo XIII.

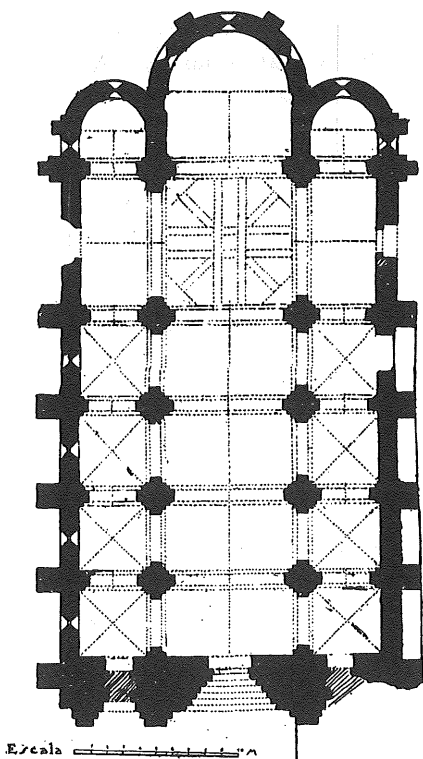
La del monasterio de Nogales, filial del de Moreruela, era también obra mudéjar de ladrillo, de mayor importancia que la palentina. Muy transformada y ruinosa convirtiéndose, como la de la Vega, en casa de labor cuando la exclaustación. Montones de escombros llenaban hace algunos años el interior de la de Nogales; merced a la ruina vislumbrábase, tras obras del siglo XVI y revestimientos de yeso del XVII, algo de la estructura primitiva. Su cabecera estuvo formada por cinco capillas semicirculares; las naves cubríanse con cañones agudos paralelos, sin luces directas el de la central; de las bóvedas del crucero no quedaba vestigio. Frisos de esquinillas, arquerías murales en los ábsides y crucero, arcos decrecientes, impostas de nacela, pilares esquinados, todos sus elementos arquitectónicos eran idénticos a los de Santa María de la Vega y a los de numerosos templos mudéjares de la comarca. En un bulto sepulcral que hubo en la iglesia constaba ésta como recién con-

¹ L. Torres Balbás, *Las ruinas de Santa María de la Vega (Palencia)*, en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, I, Madrid 1925, pp. 317-320.

sagrada el año 1266 ¹. Las ruinas de las dos iglesias pertenecen al foco mudéjar castellano que se extiende por parte de las provincias de León, Zamora, Salamanca, Valladolid, Segovia y Avila.

En algunos otros monasterios castellanos, como el cisterciense de La Espina y el premostratense de Retuerta, ambos en la provincia de Valladolid, quedan, en las dependencias monásticas, huellas de escasa importancia de fábricas de ladrillo mudéjares.

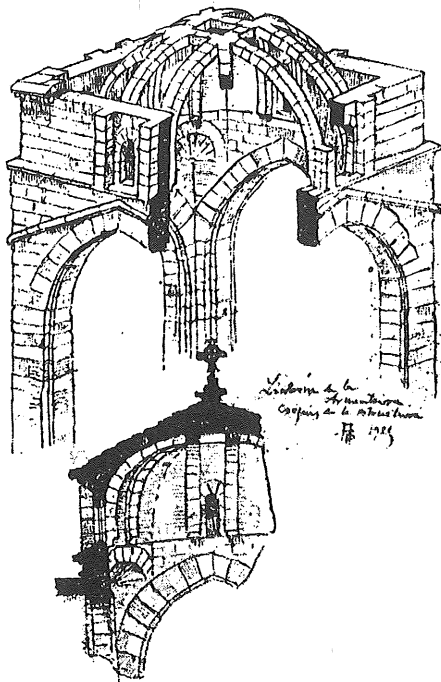
Si la existencia dentro de la clausura del monasterio de las Huelgas de Burgos de una construcción de puro estilo almohade es hecho paradójico no es menos extraño el encontrar en el tramo central de la nave de crucero de la iglesia del monasterio cisterciense de Armenteira (Pontevedra), de estructura borgoñona, muy alejada de los focos de arte islámico y mudéjar de la Península, una bóveda de nervios entrecruzados de trazo islámico. Sensiblemente esquifada, arranca sobre trompas cónicas; de su intradós resaltan dos parejas de nervios de sección rectangular, paralelos, respectivamente, a los lados del tramo. Al cruzarse, delimitan un pequeño cuadrado central; otros cua-



Monasterio de Armenteira (Pontevedra). —
Planta de la iglesia.

¹ *Catálogo monumental de España, Provincia de León (1906-1908)*, por Manuel Gómez-Moreno, Texto (Madrid 1925), pp. 362-364.

tro nervios diagonales unen la clave de las trompas y los encuentros de los nervios normales. Exteriormente se acusa la cúpula por un cuerpo prismático cuadrado con una ventanita en el centro de cada frente, flanqueadas por contrafuertes. El



Monasterio de Armenteira (Pontevedra). —
Cúpula del crucero de la iglesia.

Dibujo de Antonio Palacios.

trazado de los nervios deriva, más o menos directamente, de los de las bóvedas de la ampliación de la mezquita de Córdoba hecha por al-Hakam II. Semejantes son las almohades de la capilla de la Asunción, en las Huelgas de Burgos ¹ y la del alminar de la Kutubiyya de Marrákuš ². Fué Armenteira monasterio filial, como casi todos los gallegos, de la gran abadía francesa de Claraval, en Borgoña. Una inscripción grabada en los sillares del interior de aquella, dice que en la era 1206—año 1168—*fundata est ecclesia*, fecha, pues, de su comienzo. La construcción avanzaría lentamente: en 1199

doña Urraca Fernández dejó en su testamento donaciones para la obra — *ad opus ecclesie* — ³. Su fundación es de 1162.

Bóvedas del mismo tipo, construídas también de piedra; hay

¹ Torres Balbás, *Artes almorávide y almohade*, lám. 26 y p. 43.

² Henri Basset y Henri Terrasse, *Sanctuaires et forteresses almohades* (Paris 1932), pp. 177-179 y fig. 65 de la p. 176.

³ *Galicia Histórica*, I, 1901, Santiago, doc. XX, pp. 84-89.

en algunas iglesias románicas levantadas en el último cuarto del siglo XII y en los primeros años del siguiente: sobre el tramo central de los cruceros de San Millán de Segovia y San Miguel de Almazán (Soria); en la capilla de Talavera de la catedral vieja de Salamanca; cubriendo la iglesia octogonal de Torres del Río (Navarra); en un pequeño templete dodecagonal, que hay en el centro de la iglesia, de igual planta, de la Vera Cruz de Segovia, consagrada en 1208. En rutas de la peregrinación a Santiago y en la vertiente septentrional de los Pirineos, dos iglesias románicas, Santa Cruz de Oloron y l'Hôpital Saint-Blaise, tienen asimismo sus respectivos cruceros cubiertos por cúpulas análogas ¹.

No es fácil decir si estas bóvedas mudéjares de templos cristianos se inspiraron directamente en las califales del siglo X o en ejemplares almohades derivados de ellas, como los de Burgos y Marrākuš citados.

En la labra a bisel y en la plana de algunos sencillos capiteles, ménsulas y claves de bóvedas de monasterios bernardos del levante peninsular (Veruela, Fitero, Poblet, Vallbona de las Monjas y Santas Creus), se ha creído ver la mano de tallistas islámicos ².

Técnica y temas son, efectivamente, hispanomusulmanes, lo mismo que algunas celosías y otros elementos decorativos abundantes en las catedrales de Tarragona y Lérida, muy influidas por el arte cisterciense.

Los arcos lobulados que ostentan algunas iglesias de los siglos XII y XIII en España y Francia proceden también de los de la misma forma de la arquitectura hispanoalmohade. Pero apenas aparecen en iglesias y monasterios bernardos, lo mismo que los festoneados, de claro influjo almohade, cuya complicación explica no trascendiesen a los edificios cistercienses, aunque

¹ Torres Balbás, *Arte almohade, Arte nazari, Arte mujédar*, pp. 249 y 252.

² J. Puig i Cadafach, *Els banys de Girona i la influencia moresca a Catalunya*, en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, MCMXIII-XIV, a. V (Barcelona 1914), pp. 687-728; Elie Lambert, *L'art gothique en Espagne au XII^e et XIII^e siècles* (Paris 1931), pp. 113-115; Torres Balbás, *Arte almohade, Arte nazari, Arte mudéjar*, p. 360.

sí se emplearon en las puertas de algunas iglesias seculares de diversas regiones españolas levantadas hacia el año 1200.

Los modillones de lóbulos o de cilindros tangentes, muy abundantes en el arte románico peninsular, también se encuentran en monasterios bernardos (Huerta, Veruela, Fiteró, etc.). Su falta de decoración les hacía muy aptos para éstos. Pero no hay noticia del empleo de esos modillones de piedra por la arquitectura almohade, de ladrillo. Los citados de los templos de la España cristiana llegaron sin duda a ellos desde la arquitectura califal o la mozárabe.

En resumen, las dos corrientes de austeridad artística llegadas a España en la segunda mitad del siglo XII se mantuvieron independientes. La del Cister no influyó en la almohade; de ésta pasaron a la primera algunas formas decorativas esporádicas, sin alterar su aspecto. En cambio, en la arquitectura almohade están las raíces de la mudéjar castellana, coincidentes ambas en el material y en la desnudez decorativa, impuesta a la islámica por imperativo religioso, obligada en la cristiana por escasez de recursos. El tema merece ser tratado extensamente en ocasión más oportuna.

Extinción del ascetismo artístico del siglo XII.

La repercusión que en las actividades artísticas produjeron las doctrinas de San Bernardo y de Ibn Tūmart fué bien efímera, como antes se dijo. Los últimos monarcas almohades, incompetentes o párvulos, sin la personalidad de sus antecesores, sosteniéndose precariamente entre las revueltas continuas de sus súbditos de allende y aquende el estrecho de Gibraltar, olvidaron los principios religiosos de los primeros tiempos de la dinastía. En la otra vertiente religiosa, el mismo San Bernardo sufría, cuenta Pedro el Chantre, al ver que las primitivas cabañas cubiertas de paja de sus monjes se habían ido transformando en construcciones monumentales. A partir de 1188 el Capítulo general del Cister dictó disposiciones, casi siempre incumplidas, para impedir a las abadías contraer deudas con objeto de levan-

tar edificios suntuosos. Y en el siglo XIII se construían en Francia templos bernardos que por su tamaño y rica decoración esculpida rivalizaban con las catedrales góticas, mientras en las Huelgas de Burgos yeseros moros andaluces decoraban profusamente, con temas islámicos, los muros y bóvedas del monasterio. Poco después de la muerte de San Bernardo se extinguía la repercusión artística de sus doctrinas, más fácil de mantener en la clausura y soledad monásticas de lugares apartados que entre las muchedumbres que empezaban a poblar ciudades en pleno desarrollo, centros rectores en adelante de la civilización, enriquecidos con el comercio y la industria.

Nuevos brotes del ideal ascético surgieron en los siglos siguientes en las sociedades cristiana y musulmana; ninguno, excepto en la primera el de la Reforma y Contrarreforma en el siglo XVI, alcanzó la resonancia artística de los del XII. Recordemos, por memoria y rápidamente, algunos de sus ecos en España.

Las Constituciones sinodales del arzobispado de Burgos de 1575 ordenaron «quitar los túmulos y estrados» de las iglesias, «para que no haya sepulturas más altas que el suelo. Porque parece que son hechas más por apariencia de los vivos que por provecho de los muertos»¹.

Al P. Bartolomé de Bustamante, autor de las trazas del hospital de Tavera, en Toledo, los toledanos contemporáneos lo suponían recibiendo caldas en el Purgatorio, como castigo de ser autor de una casa tan rica y costosa para pobres². Por los mismos años escribía Santa Teresa (1515-1582): «¡Oh! ¡Válgame Dios! ¡Qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, hermanos y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas».

Arte sobrio y austero y arte rico y profuso son corrientes

¹ Jerónimo de la Hoz Teja, *El solar nativo* (Altamira, Santander 1953, p. 75).

² *Crónica del cardenal don Juan Tavera*, por el doctor don Pedro de Salazar y Mendoza (Toledo 1603), p. 265, citada por Miguel Herrero García, *Contribución de la literatura a la historia del arte* (Madrid 1945), p. 113.

contrapuestas y eternas entre las que fluctúa la sensibilidad humana. Parece triunfar hoy la primera en los edificios religiosos, como en toda la arquitectura contemporánea. Pero ¿se impondrá entre nosotros esa corriente, contraria al sentir del pueblo español, protagonista máximo de nuestra historia? Donde rezan y rezan más a gusto las gentes hispánicas, donde se sienten más cerca de la divinidad es en los templos colmados de exuberantes retablos barrocos, que ocultan casi totalmente los muros, y cuyas bóvedas se cuajan con complicados ornatos. A muchos de los fieles, moradores de humildes viviendas, les parece anticipada visión paradisíaca — España, conviene repetirlo, es país de suelo pobre y modesta economía — el interior de esas iglesias, tan abundantes, cuyos adornos y tallas, en los que se prodigó el oro, brillan iluminados por gran número de lámparas. Todos hemos visto cómo en iglesias nuevas, de restringida decoración y sobrio mobiliario, se han ido acumulando poco después de su inauguración altares, retablos, cuadros, imágenes y lámparas hasta cubrir por completo y desfigurar la sobria arquitectura. El sentir popular triunfa así de un criterio artístico de minorías. — L. T. B.